

El niño malo del colegio

Preparando el artículo de este mes, por casualidad, encontré en internet este comentario, escrito por **Amy Murray**, la directora de educación infantil en la *Calgary French & International School* en Canadá. Me resultó interesante y educativo. Os lo presento:

Queridos padres:

Lo sé. Estáis preocupados. Cada día, vuestro hijo llega con una historia sobre ese niño. El que está siempre golpeando, empujando, pellizcando, molestando, quizás incluso mordiendo a otros niños. El que siempre va de mi mano en la fila. El que tiró la leche de su compañero al suelo en un arranque de rabia.

Os preocupa que ese niño pueda influir negativamente en el aprendizaje de vuestro hijo. Os preocupa que absorba mucho de mi tiempo y energía, y que vuestro hijo pueda salir perdiendo. Os preocupa que algún día le haga daño a alguien. Os preocupa que este “alguien” pudiera ser vuestro hijo. Lo sé.

Vuestro hijo, este año, en esta clase, a su edad, no es ese chico. Vuestro hijo no es perfecto, pero suele seguir las reglas. Es capaz de compartir los juguetes sin pelear. Levanta la mano para hablar. Trabaja cuando es la hora de trabajar y juega cuando es la hora de jugar. Lo sé.

Fijaos, me preocupo todo el tiempo de ellos. Me preocupo por las dificultades de vuestro hijo con el lápiz, por la timidez de esa chiquitina, y porque hay otro que lleva siempre la caja del desayuno vacía. Me preocupa que la chaqueta de Luis no abrigue lo suficiente. Pero, lo sé, queréis hablar sobre ese niño. Y yo también quiero hablar de ese niño, pero hay muchas cosas que no puedo contaros.

No puedo contaros que le adoptaron en un orfanato a los 18 meses.

No os puede decir que está haciendo una dieta para descartar alergias alimentarias, y que tiene hambre todo el tiempo.

No os puedo contar que sus padres están en medio de un horrendo divorcio, y que está viviendo con su abuela.

No puedo contaros que empieza a preocuparme que la abuela beba...

No te puedo contar que la medicación para el asma le agita.

No puedo contaros que ha sido testigo de violencia doméstica.

De acuerdo, decís, entendéis que no puedo compartir información personal o familiar. Sólo queréis saber qué estoy haciendo al respecto de su comportamiento.

Me encantaría decíroslo. Pero no puedo.

No puedo contaros que va a logopedia, que han descubierto un retraso severo del lenguaje y que los terapeutas piensan que las agresiones tienen que ver con la frustración por no ser capaz de comunicarse.

No puedo contaros que me veo con sus padres cada semana, y que ambos habitualmente lloran en estas reuniones.

No puedo deciros que pasa el descanso acurrucado en mi regazo porque “me hace sentir mejor oír tu corazón, seño”.

No puedo contaros que he estado rastreando meticulosamente sus incidentes agresivos durante 3 meses, y que se han reducido de 5 incidentes al día, a 5 por semana.

No puedo contaros que la secretaria del colegio ha aceptado que le mande a su despacho a “ayudarla” cuando me doy cuenta de que necesita un cambio de escenario.

No puedo contaros que me he puesto de pie en una reunión de docentes y que, con lágrimas en mis ojos, les he rogado a mis compañeros que le echen un vistazo extra, que sean amables aunque se sientan frustrados.

No puedo contaros que su trabajo en el aula es regar las plantas y que lloró con el corazón roto cuando una de las plantas no sobrevivió a las vacaciones de Navidad.

No puedo contaros que despide a su hermanita con un beso cada mañana, y le susurra “eres la luz de mi vida”, antes de que mamá se aleje con el carrito.

No puedo contaros que a menudo se ofrece para sacar punta a los lápices durante el recreo.

No puedo contaros que, cuando algún compañero llora, cruza el aula para ir a buscar su cuento favorito desde el rincón de las historias.



Ventana abierta



Por un mensaje en Facebook

Cuando escribo estas líneas, acaba de dimitir la alcaldesa de una ciudad española; pero no lo ha comunicado por conducto oficial o en rueda de prensa, sino anunciándolo en su perfil de *Facebook*. Meses atrás, una concejala de un partido político tuvo que dimitir por haber deseado en su *twitter* la muerte a una persona de un partido rival. Hace tiempo escuché la noticia de un novio que interrumpió la celebración de su boda, justo después de dar su “sí, quiero”, para cambiar su estado de *Facebook* de soltero a casado (en “tiempo real”, como se dice, ahora... pero, ¿es que hay “tiempo irreal”?). Más numerosos son los casos de parejas que rompen su relación con un mensaje de *Facebook* o un *whatsapp*... sin hablar cara a cara.

Y uno se pregunta: ¿será esto normal? El mes pasado cité aquí al filósofo coreano **Byung-Chul Han**, que ha dedicado un libro, titulado *En el enjambre* (se refiere al *enjambre digital*), a responder precisamente a esa pregunta.

Según él, esas cosas pasan porque la nuestra es una sociedad en que todo se expone rápida y superficialmente. Sólo hay un *presente* expuesto de modo plano, sin memoria reflexionada, en las múltiples pantallas y en las fotos “planas” de Facebook. Son planas porque son superficiales, momentáneas, sin un fondo ni una historia detrás...

Forma parte de dicha superficialidad la divulgación voluntaria de todo tipo de información personal o ajena, pasando por encima de valores como la vergüenza, el secreto y la confidencialidad. Nos exponemos sin rubor en las redes sociales. El filósofo Han dice que, hoy en día, el medio digital nos embriaga y nos ciega: se pierde el *respeto* (que en su original latín quiere decir *mirar atrás, con consideración*) a los otros y a nosotros mismos. No guardamos una distancia respetuosa hacia las personas, nos entrometemos en las vidas de otros y lo privado se hace público...

Además, corremos el riesgo de alejarnos del contacto real con las personas... y de la misma realidad. Para Han, la solución es dejar atrás el narcisismo: mirar al otro, darse cuenta de su dimensión, de su presencia, respetar y tomar en serio a cada persona.

¿Estáis de acuerdo con él? ¿Creéis que exagera?

Jesús Rojano

El asunto es, queridos padres, que solo puedo hablaros de vuestro hijo. Así, lo que os puedo decir es esto:

Si alguna vez vuestro hijo se convierte en ese niño...

No compartiré vuestros asuntos personales con otros padres de la clase.

Me comunicaré con vosotros con frecuencia, y con amabilidad.

Me aseguraré de que haya pañuelos cerca en nuestras reuniones, y si me dejáis, os sujetaré la mano mientras lloráis.

Defenderé que vuestro hijo y vuestra familia reciban los servicios especializados de mayor calidad, y cooperaré con estos profesionales en la mayor medida posible.

Me aseguraré de que vuestro hijo reciba amor y mimos extras cuando más lo necesite.

Seré la voz de vuestro hijo en la comunidad escolar.

Seguiré, pase lo que pase, buscando y descubriendo, todas las cosas buenas, asombrosas, especiales y maravillosas de vuestro hijo.

Os recordaré a él y a vosotros de estas cosas buenas asombrosas especiales maravillosas, una y otra vez.

Y cuando otro padre se acerque, con quejas sobre vuestro hijo...

Le contaré esto, una y otra vez.

Con mucho cariño,

La maestra.

José Antonio San Martín

